

## ACCIONES

por Jorge Luis Marzo

*(Fragmento de la intervención del autor en la mesa redonda titulada "Què suposa l'acció, en el context d'avui?" que tuvo lugar en el Palau de la Virreina de Barcelona el 4 de noviembre de 1993, dentro del programa sobre performances "L'acció; El subjecte com a objecte d'art")*

"(...) En el mundo de las artes plásticas se ha llegado a un punto en que las expresiones personales, por muy verdaderas y auténticas que pretendan ser, se han hecho esencialmente imposibles de comunicar. Con ello, no quiero decir que no se puedan decir; pero esas expresiones ya a nadie le importan, por el simple hecho de partir de una subjetividad radical: "yo digo algo que creo importante y esencial para mi, que creo verdadero y cierto, natural y natural para todos"; respuesta: "a vosotros os importa un pito lo que yo diga; aceptáis la franqueza de mi discurso, valorais el esfuerzo de expresión, pero no creéis compartir el fin y desde luego menos el método de ese discurso". "No, si tiene razón en lo que dice, pero yo también tengo mi razón... así que todos contentos... cada uno comunica su manera de la forma que más le place." Situación: Todos expresamos nuestras cosas, a sabiendas que generalmente no importan, aunque somos felices y estamos satisfechos porque las cosas que decimos nos representan claramente.

Ese discurso de la verdad, catalizado en buena medida en los 80 por artistas temerosos de su pasado más inmediato ha desembocado en una ausencia total de interés hacia todo aquello que tuviera que ver con comportamientos sociales. Yo creo, que todo el discurso de expresión auténtica y cierta de las verdades de cada uno ha encaminado a la práctica creativa a una especie de "corrección psicológica personal" que ha impedido en definitiva, una fructífera relación colectiva.

La mayoría de artistas (yo diría, por ejemplo, que bien bien el 60% de la gente seleccionada para el programa de performances en el que nos encontramos), y especialmente la crítica (yo diría que en este caso, el 98%), se ha pasado la década hablando de verdades: "la verdad de la pintura, de la disciplina, de mi expresión (que aunque no se entienda, no deja de ser verdadera), etc.". No deja de ser sintomático que buena parte de los talleres de la gente joven que experimentaba durante los ochenta se llenaran de series, fragmentos, multiplicaciones, etc, como forma de combatir esa unidad central, esas verdades inherentes, aceptadas porque provenían de un seguro

regazo de coherencia: el universo privado del artista al cual tiene todo el derecho de acudir como fuente de expresión viva. Digamos de paso, que esta posición decididamente elitista y "artística" ha sido patrocinada por un buen número de artistas y críticas procedentes de ambientes de la acción y la performance de los 70, muchos y muchas de las cuales parecen querer sospechosamente volver a tener la razón.

En mi opinión, lo que está ocurriendo estos últimos años, es que nos hemos hartado que las verdades, por muy sanas y buenas que sean para el espíritu, como algunos creen, proliferen simplemente por que sean verdades, y claro, ¿quién va a negar a alguien la posibilidad de expresar su rincón, aunque después a nadie le interese lo que uno o una dice? Todos han creído que era lo más lógico respetar esos espacios a costa de no atender en absoluto a los puentes que unen unos discursos con otros. ¿No fue el yayo kantiano quién dijo que el sentido común no era lo que nos unía sino lo que nos separaba?; es decir, si todos somos diferentes, ya tenemos algo en común, que somos diferentes. Todo el mundo se ha quedado con la copla de la diferencia, mientras que prácticamente nadie se ha apercibido del camino que proporcionaba el análisis de los mecanismos por los cuales sabemos que somos diferentes. Ahí está en mi opinión la diferencia entre aceptar un rol social o simplemente expresar lo que uno opina sin más. Y cuando digo rol social, no me estoy refiriendo a una actitud política estrictamente o a la denuncia. Hablo de articular una posición que defender, la cual enfrentar a otras que no te convenzan. Por ejemplo ¿Qué alguien quiere pintar manzanas al óleo? Fantástico... ahora, en todo caso creo que sería bueno para él o ella, y para todos los que pintan manzanas al óleo, saber qué papel tiene ese acto en la sociedad en la que vive, y después cada uno sabrá lo que tiene que hacer.

La ruptura de esa función y ese uso de la verdad personal tiene que ver y mucho con un nuevo rumbo de la escena artística y evidentemente con una nueva situación de las acciones o performances, ya que éstas ofrecen por sus características abiertas unas posibilidades inmediatas. Curiosamente, los 80 nos han provocado pensar más en las actitudes que en las realizaciones dejadas, porque en realidad tenemos la perentoria necesidad de reubicar, de contextualizar mínimamente y serenamente todo aquello que hacemos, se decir darle un sentido para todos y no sólo para uno. Y claro está, las verdades ahí no tienen sentido. Tampoco me extrañaría que dada la falta de perspectivas contextuales de los 80, nuestra relación con alguna tradición

tenga que ser de lo más complicado, a la vista que muchos de los artistas "verdaderos" de los 80 provenían de los 70. ¿Dónde apelaremos? Es verdaderamente interesante atender este problema.

En realidad, la ruptura a la que nos referimos tiene que ver muchísimo con una renovada capacidad escenográfica. Que la historia del arte sea un camino lleno de fracturas y fragmentos se debe simplemente a cómo se reorganiza el teatro de las ideas, no a qué alguien haga nuevos teatros o nuevos dramas; es la escenografía la que da los impulsos, y al parecer hemos llegado a un punto que ni siquiera ese teatro es una referencia o componente más mirado desde fuera, desde nuestra verdad insustituible, sino que se trata de que es en el teatro y desde el teatro donde nos situamos para vivir, pensar y hacer. Y ya era hora.

Claro, que alguno pensará que todo esto no es más que una nueva forma de relativizar las cosas. Es desde esa escenografía donde podemos cargarnos la representación de la verdad.

Como digo, todos hemos respetado las expresiones de cada uno, aunque no nos interesaran. El auge de las acciones, de las performances, de poesías actuadas, de los eventos fugaces, etc, creo que viene dado porque muchos y muchas artistas estaban hasta el moño de repartir verdades, estando ahora mucho más dispuestos a canalizar verosimilitudes, es decir, apariencias de cierta verdad de manera que puedan comunicar y mostrar mecanismos más que fines. Pero yo diría que no sólo eso ocurre entre creadores interesados en romper disciplinas plásticas, sino también incluso entre los que siguen dispuestos a apostar por éstas.

Parece asumible que la verdad en el ámbito creativo sólo puede exponerse (que no mostrarse) si se despliega dramáticamente. Pero al hacerlo, lo expuesto ya no es cierto sino sólo verosímil, es decir algo que se parece, que es posible, que es creíble pero no radicalmente cierto. Esto es, me parece que estaríamos hablando de narratividad.

Intentaré poner un ejemplo. Un ventrilocuo con su muñeco. Imaginemos al ventrilocuo diciendo las cosas que pone en boca de su muñeco, pero sin el muñeco. Todos quedaríamos aburridos y tan panchos después de oírle decir sus opiniones, diatribas o discursitos. En cambio, cuando está con el muñeco, todos estamos atentos escuchando –pero sobre todo viendo– la sarta de sinsentidos que éste dice, aparte de desviar de vez en cuando la mirada hacia la boca del ventrilocuo dispuestos a descubrir la trampa, el engaño... Lo que pasa es que todos sabemos de antemano que el artista nos está

engañando, a plena luz, mostrando transparentemente los mecanismos...Pero en realidad, no le escuchamos al muñeco como lo haríamos con el artista... Le permitimos que nos diga cosas que si las dijera el artista directamente no creeríamos. Es decir, el artista se proyecta en una prolongación "dramática", "escenografiada", "espectacularizada" que presenta no su verdad, sino una imagen verosímil de lo que quiere decir, por eso le hacemos caso.

Creo que el auge de las acciones (término que en absoluto utilizo como en los 70, de entrada porque ya no conozco a un performer que se crea la disciplina, más bien la acción se ha convertido en un aspecto felizmente estratégico, como todo el resto de disciplinas) tiene que ver con esa necesidad de comunicación a través de prótesis que nos ponemos para expresar nuestras ideas de la manera más receptiva posible, porque queremos que nos hagan caso y porque queremos hacer caso a los demás sin perder el tiempo con correcciones psicológicas.

Sería como construir andamios, fachadas de nosotros mismos de manera que se pudiera construir una comunicación fluida y ágil en las calles repletas de muchas fachadas. Como la Roma del barroco, que muchas fachadas de iglesias se prolongan en la calle jugando con las demás, aunque estas fachadas a lo mejor no se correspondan con sus interiores. Pero que no se correspondan no quiere decir que no hayan nacido del interior de la iglesia. Sólo que para que puedan comunicarse, tienen que olvidarse en parte de esos agujeros negros y ampulosos que sólo sirven para el culto, el recogimiento y la ilusión del confort.

Hay otras cosas que parecen inevitables a la hora de hablar de la acción: el espacio, el cuerpo y la puesta en escena. Si algo ha ocurrido en Barcelona es la absoluta legitimación de los espacios creativos por parte de una política pública y también de un espíritu institucional promovido por los mismos gestores privados. Eso ha creado una oficialización de los modelos de presentación de obras. En ese sentido, la respuesta a la que estamos asistiendo últimamente, en el sentido de uso de los espacios más dispares no oficializados, parece de lo más natural y coherente. Respecto al cuerpo, hace dos años parecía que iba a ser una nueva piedra de toque en todos los discursos. Ahora, sin embargo, parece también revelarse con todas sus contradicciones. En todo caso, es innegable una nueva relación del artista con su cuerpo. Sin embargo, yo situaría esa relación dentro de los parámetros de prótesis a los que aludía antes. El cuerpo como muñeco al cual cedemos

nuestro protagonismo, nuestra supuesta verdad; un cuerpo que no nos explica cómo somos sino como nos mostramos ante los demás, cómo aceptamos o rechazamos la evidencia de las diferencias, un cuerpo que muestra mecanismos.

La acción hoy en día creo que representa perfectamente el signo de los tiempos que corren, aparte del hecho de establecer un nuevo tipo de nexo entre un público que prácticamente no existía antes, el público creativo, es decir, los mismos creadores yendo de un lado para otro para ver cosas. Y ¿cuál sería ese signo? estamos interesados en desvelar. Pero no desvelar lo que hay detrás del velo, sino el mero hecho de correr la cortina. No es importante lo que hay detrás sino el hecho de realizar el acto en sí mismo. Y yo creo que la acción hoy en día es eso; no tenemos la necesidad de dar a conocer nada, sino de poner en solfa y crear a la vez los mecanismos por los cuales se ha establecido esa obligación del descubrimiento, lo que aceptando la paradoja –y yo creo que ya es hora de ir aceptando las paradojas– puede convertirse en algo sustancialmente nuevo y radicalmente poco verdadero."